

R.L.S.

R.L. STEVENSON

R.L. STEVENSON

# Stevenson: espectros en su camino

por Juan Tébar\*

*No todas las historias narradas por Stevenson fueron crónicas de aventuras. En el conjunto de su producción literaria, también merecen un lugar de privilegio sus libros de terror e intriga. Juan Tébar analiza en este trabajo esa otra cara literaria de Stevenson, y señala algunos de los rasgos que la singularizan como la reivindicación del sueño, el fantasma del doble y la oposición entre el bien y el mal.*

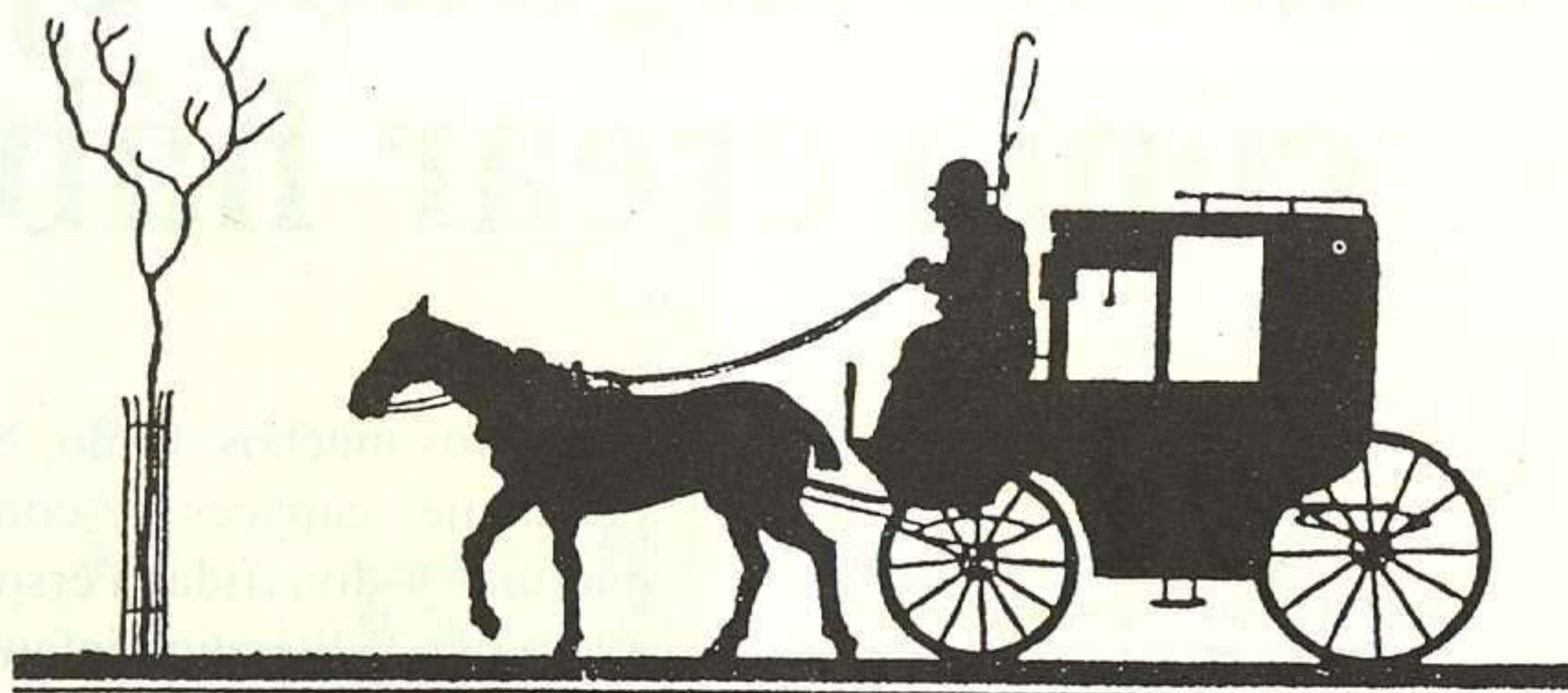
---

## El Doble

«... mi propia imagen, cubierta de sangre y pálido el rostro, vino a mi encuentro tambaleándose.»

Edgar Allan Poe (*William Wilson*)

---



S.G. HULME BEAMAN, EL EXTRAÑO CASO DEL DR. JEKYLL Y MR. HYDE, ANAYA, MADRID, 1981.

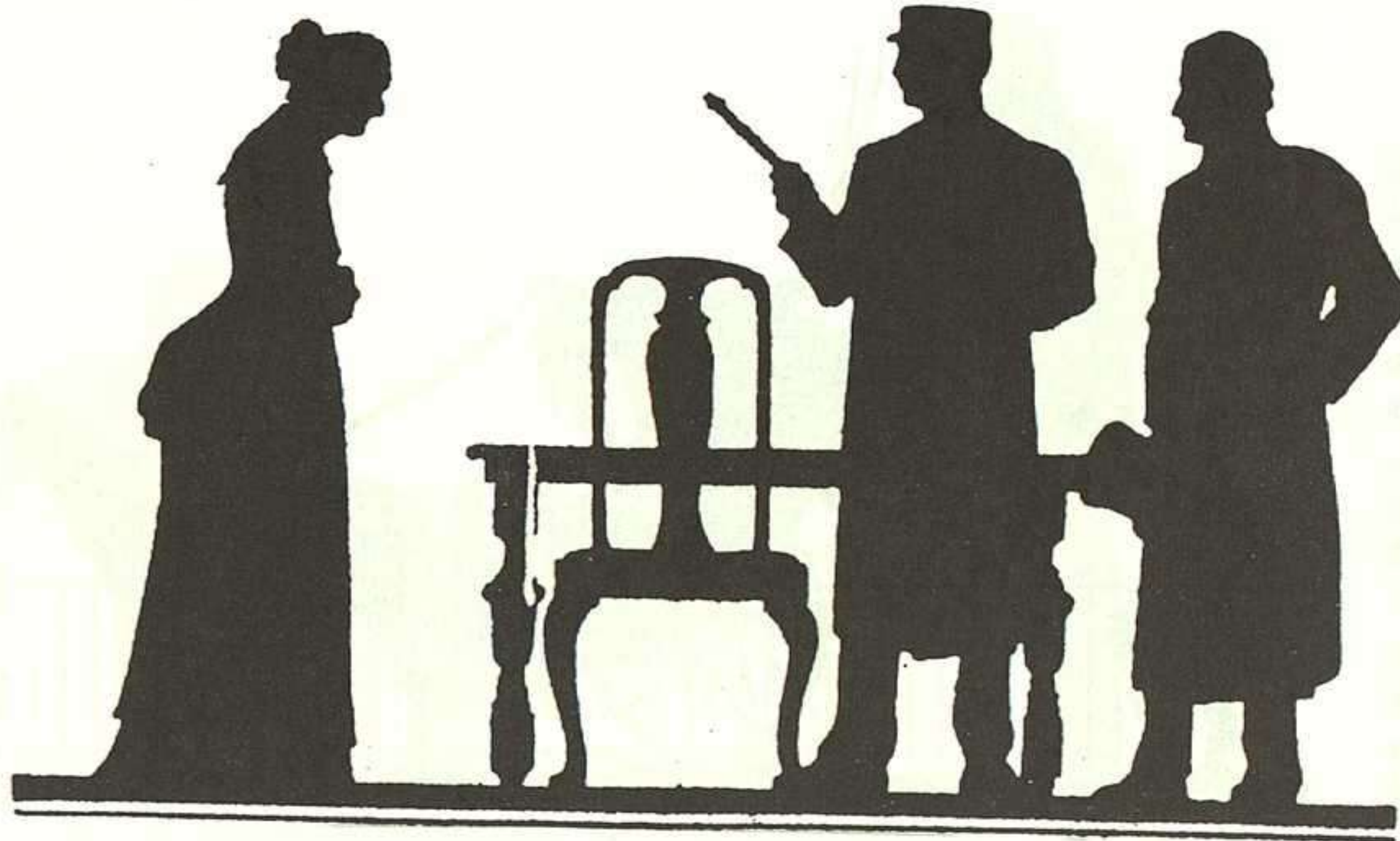
Cuando uno se enfrenta a su doble, el final de la contienda sólo puede ser la autodestrucción.

Sobre este relato de Poe, su traductor, Cortázar, anota algunas referencias a otros «dobles» célebres de la literatura: no olvida el *doppelgänger* de

Hoffmann. Subraya que el tema fue tratado por Calderón, el cual inspiró a Shelley y a Byron. Posteriormente circularon dobles ilustres, en las páginas de Oscar Wilde (Su *Dorian Gray* podría ser heredero del *Wilson* de Poe), y desde luego el *Jekyll* de Stevenson, que había sido escrito después

del relato de Poe, y cinco años antes que la novela de Wilde. Pudo, desde luego, influir también *Jekyll* en *Dorian Gray*. Lo que resulta curioso es que no recibiera Stevenson influencia de *William Wilson* —anterior a *Jekyll* nada menos que cuarenta y cinco años— y si la recibió, que no citase





S.G. HULME, EL EXTRAÑO CASO DEL DR. JEKYLL Y MR. HYDE, ANAYA, MADRID, 1981.

dicho relato en su artículo «Las obras de Edgar Allan Poe». Un hombre que había escrito, o escribiría luego, *El extraño caso...*, y cuya preocupación por el conflicto dual del ser humano aparece en más lugares de su obra, debería haberse interesado por *William Wilson*. Aunque fuese para discutirlo. Como hace, frecuentemente, con otros relatos de Poe, a quien reprocha «trampas, añagazas, asechanzas y peligros» para el lector.

El fantasma del doble perseguiría a la descendencia de Stevenson. En las últimas páginas del segundo volumen de su autobiografía, nos cuenta Graham Green (cuya madre era prima del autor de *Jekyll*):

«Cuando compré los *Collected Poems* de Edward Thomas, un poema titulado *El otro* me obsesionó, aunque no sé por qué. No era uno de los mejores poemas de Thomas. Hablaba de un viajero que a lo largo del camino, en tal o cual posada, tropezaba sin cesar con las huellas de alguien exactamente igual a él que le había precedido en su misma ruta... Casi un cuarto de siglo después de leer ese poema, yo mismo me vi tras las huellas del otro. Y desde entonces, pocos años han pasado sin señales de su paso: cartas de desconocidos que me recuerdan asistiendo a unas bodas en las que nunca estuve... titulares de periódicos que me sentencia a reclusio-

nes que nunca supe... noticias de chantajes que nunca he sufrido... fotografías del “famoso novelista Graham Greene y señora...” en diferentes lugares y ocasiones, con diferentes aspectos y esposas que nunca tuve...»

Todo lo dicho nos recuerda inevitablemente a Jorge Luis Borges, quien en varios cuentos y en distintos poemas ha relatado parecida experiencia. Los espejos —de los que habremos, también inevitablemente, de hablar— y su adoración personal por R.L. Stevenson le hacen *doblemente* merecedor de ser citado. Además Borges termina así uno de sus poemas, después de habernos hablado mucho de espejos, de otros, de sombras y de sueños:

«... Llego a mi centro,  
a mi álgebra y mi clave,  
a mi espejo.  
Pronto sabré quién soy.»

El argentino cree, pues, cercana la solución. La del conflicto de su identidad. Porque en los casos de Green y de Borges, la duplicidad, la confusión, es la del propio autor. El problema se refiere concretísimamente a ellos mismos. No es el caso de Stevenson, o al menos no lo expresó tan impudicamente. Él prefirió adjudicárselo a ciertos personajes. Y no sólo al doctor Jekyll.

Markheim, el protagonista de un breve relato de Stevenson, se encuen-

tra con el Mal —quizás el diablo, o todo lo contrario, quizá la conciencia («la torva conciencia, un espectro en mi camino», según Chamberlayne)— y lo describe como «la proyección de él mismo».

Es quizás en *El señor de Ballantrae* donde más intensamente se muestra esta preocupación de Stevenson por la fusión de los contrarios o los dos aspectos de uno mismo. Y quizás es *doblemente* interesante verlo en esta novela, donde, tres años después de *Jekyll y Hyde*, nuestro autor vuelve a la misma obsesión con un tratamiento no menos misterioso, quizá más ambiguo, dentro de un relato en apariencia nada enigmático, en la línea de sus otras producciones aventureras.

Si *El extraño caso del doctor Jekyll...* pudo nacer de un sueño, *El señor de Ballantrae* se comenzó a escribir una noche helada de invierno... bajo la impresión de una fúnebre historia que le había narrado un pariente. Vivía entonces Stevenson en Norteamérica, y sin duda le rondaban fantasmas morriñosos de húmedos recuerdos escoceses. La novela se publicaría dos años después, quizá con ello el autor pensaba que había exorcizado sus espectros.

En los dos hermanos de esta historia se esconde la doble cara del destino, los dos lados de esa moneda con



que James Durrinder se juega siempre todo... Pero ¿quién de ambos es la «cara», quién es la «cruz»? (Eso siempre que continuemos creyendo lo que Jekyll nos contaba: que hay un lado bueno y un lado malo.) Esta novela es más rica y ambigua que el otro famoso relato, porque nunca sabremos qué Ballantrae era Jekyll y cuál era Hyde. O preferimos no saberlo. Aquí el maniqueísmo desaparece en la perplejidad, y las eternas preguntas seguirán golpeando nuestra asustadora conciencia.

## Reivindicación del sueño

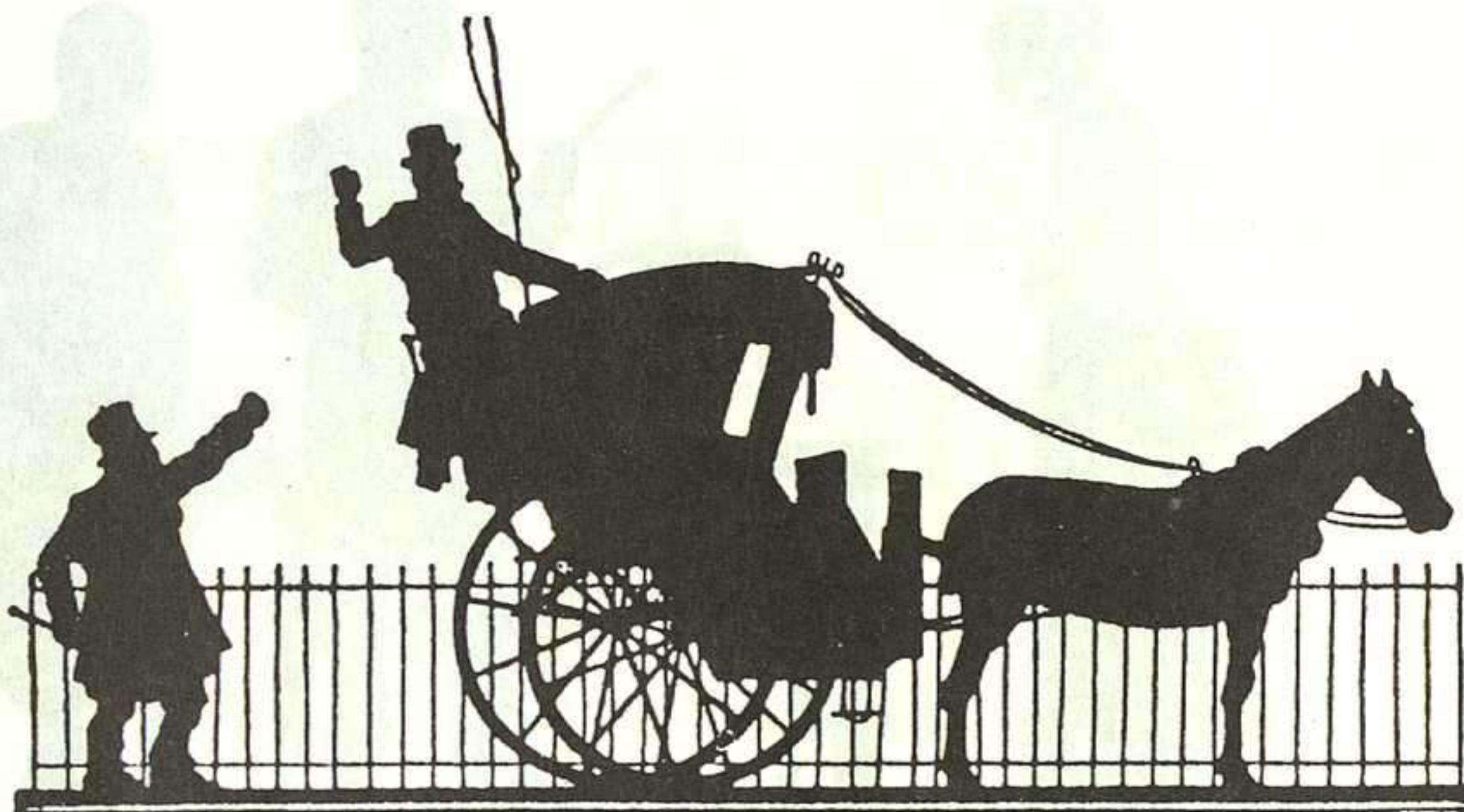
«Los sueños siempre tienen gran importancia para mí cuando escribo...

... A veces es tal la identificación con un personaje que el autor sueña los sueños de él, y no los propios ... Supongo que todos los autores habrán recibido la misma ayuda desde el inconsciente.»

Graham Greene.

No sé si todos los autores, como dice Greene, pero parece que al menos su antepasado Lewis Balfour (verdadero nombre de R.L. Stevenson) sí recibió esa ayuda. Se ha contado, en algunas glosas al célebre *Doctor Jekyll* que R.L.S. tuvo un sueño aterrador del que hubo de sacarle Fanny Osbourne, su esposa, alarmada por los gritos de Stevenson. El sueño se cortó en el momento en que Hyde aparece por primera vez en el espejo ante la vista del doctor, tan espantado como su creador que le soñaba. Dictado febrilmente por el inconsciente, el escritor dedicó mucho menos tiempo a este relato del que habitualmente empleaba para la minuciosa redacción de sus obras.

Walpole fue también impulsado



S.G. HULME BEAMAN, EL EXTRAÑO CASO DEL DR. JEKYLL Y MR. HYDE, ANAYA, MADRID, 1981.

por una pesadilla para escribir *El castillo de Otranto*, una de las novelas claves de la narración «gótica» que inauguraría la tradición anglosajona de la novela terrorífica.

El sueño es:

«... la inevitable sumersión que noche tras noche cumple osadamente el hombre desnudo, solo y desarmado, en un océano donde todo cambia, los colores y las densidades, hasta el ritmo del aliento, y donde nos encontramos con los muertos.»

Lo dice el emperador Adriano, y Marguerite Yourcenar nos ha transmitido esa reflexión en una novela excelente.

Sumerjémonos pronto en el sueño de Stevenson, que nos lleva ante la in-



S.G. HULME BEAMAN.

quietud de cierto edificio siniestro, en cuyo interior hay horrores inconfesables que callan los espejos.

## Cierto edificio siniestro

Descubrió Henry Jekyll en sus investigaciones que el hombre no es uno, sino dos. Quizá lo había descubierto

antes el escritor que soñó a Jekyll. El autor, en la «otra vida» de sus instintos. El personaje, en la «otra vida» liberada dentro del siniestro edificio que usaba como laboratorio secreto.

Chesterton y más tarde Lovecraft nos han acostumbrado a desconfiar de la apariencia, de la cara de algunos edificios. El que «proyectaba el caballete de su tejado sobre la calle... dos puertas más allá de la esquina... con dos pisos, sin que se vieran en él ventanas ni otra cosa que una puerta... en todos los detalles se notaba la señal de un largo y sórdido abandono...», el edificio de doble cara frente a cuya fachada posterior pasaron una noche mister Utterson y mister Enfield... es sin duda un perfecto ejemplo, paradigma, del «cuarto de Barba Azul». ¿Qué misterio terrible se esconderá tras esa puerta? Hyde es la respuesta.

Si damos la vuelta, cuando descubramos que aquello es la espalda de otra casa, la respetable mansión de un célebre médico, veremos que también hay una ventana. Tras las puertas se oculta el misterio. Quizá se teme. Puede casi adivinarse si aplicamos el oído y oímos un llanto (porque los monstruos lloran). En la ventana se ve el terror. Asomado a ella, el hombre generalmente tranquilo, de pronto trueca su sonrisa en una expresión de miedo abyecto y desesperación. Pero no entendemos por qué. No lo compren-



deremos sin entrar. Es preciso que la puerta se derribe, a hachazos, y dentro del edificio siniestro descubramos el misterio. Hyde, el otro.

Pero mientras paseamos por la calle, mientras sólo vemos la piel del escalofrío, podemos dormir aparentemente tranquilos, aunque a veces el pavor o el mal sean vomitados desde el corazón del edificio. Mejor, mucho mejor para la conciencia no conocer lo que hay dentro, no saber por qué lo hay. Sentiremos inquietudes, quizás a veces tengamos pesadillas.

«... el cuento de Mr. Enfield pasaba ante sus ojos como una sucesión de cuadros iluminados: veía el vasto panorama de luces de una ciudad en la noche, la figura de un hombre que marchaba de prisa, la de una niña que salía corriendo... y las dos se encontraban, y aquel Juggernaut en figura de hombre pisoteaba a la niña caída y proseguía su marcha...» Hyde es el monstruo.

Aquel rodillo humano, carro mitológico que pasa por encima de lo que encuentra, es un hombre que camina de un modo tan peculiar que varios creadores cinematográficos han intentado reproducir su danza infernal (Reinoir quizá lo consiguió mejor que nadie). Alguien difícil de describir, pero cuya mera visión produce malestar: Mr. Hyde, cuyo secreto sigue indescifrado en las pesadillas del bienpensante Utterson, y que se pierde en la noche iluminada por las farolas de gas. Una escena que se ha convertido en clásica para los anales del Terror.

—Respecto a los faroles de gas, permítaseme un inciso: Stevenson escribió una encantadora *Defensa de las lámparas de gas*, como Dickens, cuando se firmaba «Boz», escribió un *Elogio de las aldabas*. Tan difícil sería



S.G. HULME BEAMAN, EL EXTRAÑO CASO DEL DR. JEKYLL Y MR. HYDE, ANAYA, MADRID, 1981.

imaginar el relato del *Doctor Jekyll* sin las farolas iluminando los satánicos paseos de Hyde, como el *Cuento de Navidad* sin el llamador de la casa de Scrooge.

Y aprovechando el inciso, podríamos referirnos a otros objetos, tan aparentemente inanimados como los faroles o las aldabas: los espejos. Ellos lo saben todo, y en el relato de la doble personalidad del «honesto» doctor Jekyll, es sin duda el espejo de su salón oculto el mejor y más sabio testigo del drama.

Ya en *Markheim* —otro relato siniestro de Robert Louis Stevenson, que hemos citado y volveremos a citar— se dice del espejo que es un «maldito recordatorio de la edad, de



S.G. HULME BEAMAN

los pecados, de las locuras realizadas... ¡algo así como una conciencia de bolsillo, vamos!». No es, por ello, un espejo el regalo más indicado para una dama. También en *Markheim* se dice que los espejos son ejércitos de espías, que vigilan al perverso con sus propios ojos. La mira-

da y el objeto que se mira son el mismo. Buena reflexión sobre toda la historia del doctor Jekyll.

Una última observación sobre este relato concreto, cuestión que considero inevitable en mi pensamiento personal sobre su «mensaje» —y precisamente a causa de él, pues sería deshonesto ignorar que lo tiene, un mensaje obviamente puritano, de moral maniquea, para lectores tan bien pensantes como Utterson, o el doctor Lanyon—, es la siguiente:

Cada vez que he leído *El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde* me he afianzado en la sensación de que la historia es mejor que el texto, que su verdadero atractivo está al otro lado de su moral, en el más allá del espejo, porque el drama lo cuentan Utterson, Enfield, Lanyon, y un Jekyll arrepentido, y al cuento antecede una dedicatoria en la que se aconseja «no desatar las vendas que Dios pretende atadas»... Algo así ocurre en la novela de Mary Shelley sobre otro doctor ilustre: Victor Frankenstein. Es perfil común a todas las historias sobre lo que una sociedad represiva llama El Bien y el Mal. El autor previene sobre su propia historia, o la finge.

Pero Mr. Hyde se ríe desde el lugar donde las farolas dan una luz invertida. Un Stevenson más osado le hubiese dejado vivo a este lado del espejo. Aunque quizá ya lo hizo en el interior



de su propio yo, donde habitan, igual de sobrevivientes, el hipócrita Jekyll y el desenfrenado Hyde... El cine, y tantas otras inmersiones artísticas en este asunto, se encargarían de confundir cada vez más a los dos hermanos. Y de enriquecer el drama.

## Del tesoro al terror

No todas las historias de Robert Louis Stevenson fueron luminosas crónicas de acción. Y *El extraño caso del doctor Jekyll...* no fue la única en que su pluma viajó del tesoro al terror. Seleccionando de sus colecciones de relatos breves, una Antología editada en España con nombre terrorífico,<sup>1</sup> incluía —además del inevitable *Doctor Jekyll*— «El club de los suicidas» (extraído de *Las nuevas noches árabes*), «Markheim», «Los hombres alegres», «Olalla», «Juana la cuellituerta» y «Guillermín el del molino», pertenecientes a la serie *The Merry Men and other tales and fables*, que se editó originalmente en 1887, un año después que *Jekyll y Hyde*.

En la citada publicación faltaban cuentos misteriosos, asustantes, terroríficos, tan célebres como «El diablo de la botella», de 1892, «El ladrón de cadáveres», de 1895, y «La mujer solitaria», publicado después de la muerte del autor sobre el que Stevenson manifestó poco antes de su muerte el deseo de que se incluyera en las ediciones de *The strange case of Dr. Jekyll*, deseo que ha sido respetado pocas veces.

«La historia de Tod Lapraik» es una narración escocesa folklórica que se incluye en *Catriona*, capítulo XV de esta segunda novela de las aventuras de David Balfour. Lo cuenta Andie Dale, el líder de los secuestradores del protagonista. La moneda de plata final es una variante de las balas de plata que acaban con los licántropos.

Acerca de *Markheim* debemos subrayar puntos que enlazan con temas principales del *Doctor Jekyll*: El Mal,

que en este relato quizá no es tan malo —«su rostro se iluminó y dulcificó como en una expresión de triunfo... pero Markheim no se detuvo a contemplar o comprender aquella transformación»— y a quien le interesa más el pecador que el pecado («*El Mal no reside en la acción, sino en el carácter*»).

Markheim es —como Stevenson y Jekyll sabían de todos los hombres— un compuesto de Mal y Bien. Pero, al revés que en la historia del doctor, este personaje se esfuerza por abandonar el lado malo y empezar desde cero (aunque deje atrás un cadáver reciente) en el camino del Bien. Como si mister Hyde hubiese descubierto una fórmula para volverse Jekyll.

*Olalla* es un relato muy hermoso, una incursión ejemplar de Stevenson en el género romántico-misterioso (fundamentalmente se trata, y esto no es muy frecuente en él, de una historia de amor), y algunos matices de su «filosofía» nos hacen reflexionar sobre la moral de Stevenson, asunto decisivo en el conflicto Jekyll-Hyde.

Comparando las maldades de mis-

ter Hyde con los ramalazos perversos más significativos de la degenerada familia española a que pertenece Olalla, observamos que Stevenson elige las acciones sádicas: el hermano de la bella castellana maltrata a la ardilla como mister Hyde se complace en pisotear a la niña. ¿Hay tras esa violencia exterior mayores profundidades que Freud descubriría sexuales? Que *el Mal* por antonomasia se concrete en la tortura es, desde luego, más comprensible y acertado que las supuestas orgías que Wilde sugiere en *Dorian Gray*. Sin embargo, tanto en un extremo como en otro, advertimos una vez más el puritanismo quizás inevitable de una época. Concretar el Mal, de cualquier forma, no es fácil. Y ahí esta, sin duda, nuestro disgusto ante la simplicidad: el Mal ha de ser complejo y ha de parecerlo en cualquiera de sus representaciones. No basta el crimen ni es suficiente la bacanal. Para mejor riqueza expresiva, el lector ha de poner el resto, qué vamos a hacerle.

*Olalla*, relato menos rico que *Jekyll* es —sin embargo— de más fácil co-



S.G. HULME BEAMAN, EL EXTRAÑO CASO DEL DR. JEKYLL Y MR. HYDE, ANAYA, MADRID, 1981.





S.H. HULME BEAMAN, EL EXTRAÑO CASO DEL DR. JEKYLL Y MR. HYDE, ANAYA, MADRID, 1981.

municación. Stevenson pretendió contarnos el segundo con la distancia de un documento (el sistema de las cartas, que utilizaría excelentemente Bram Stoker en *Drácula* once años después). *Olalla* está narrado al estilo apasionado de los locos amores que inspiraron parecidas historias a Du-

mas, a Poe, a Gautier. Y si continuamos con las comparaciones histórico-literarias, determinados lectores, al oír los anónimos gritos femeninos en la noche del castillo, recordarán los que cuarenta años antes aterraron a Jane Eyre en la casa de Rochester.

De moral hablábamos si la comparación era con Jekyll: En *Olalla* se dice que «llegó el placer entre vergüenza y sangre». ¿Es que siempre al gozo sensual ha de acompañar la sensación de culpa? En otra parte del centro se habla sobre el alma y el cuerpo. El enamorado asegura que ambas cosas son lo mismo, le conviene así para sublimar su deseo. Y llega a decir:

«... donde el cuerpo se acerca, el alma se junta; y juntos los cuerpos, las almas se juntan al mandato de Dios, y "lo más bajo de nosotros" (el subrayado no es de Stevenson) (si es que tenemos derecho a juzgar) no es más que el fundamento y raíz de lo más alto.»

¿Ha de referirse necesariamente a «lo más bajo de nosotros» el deseo carnal? Evidentemente mister Hyde,

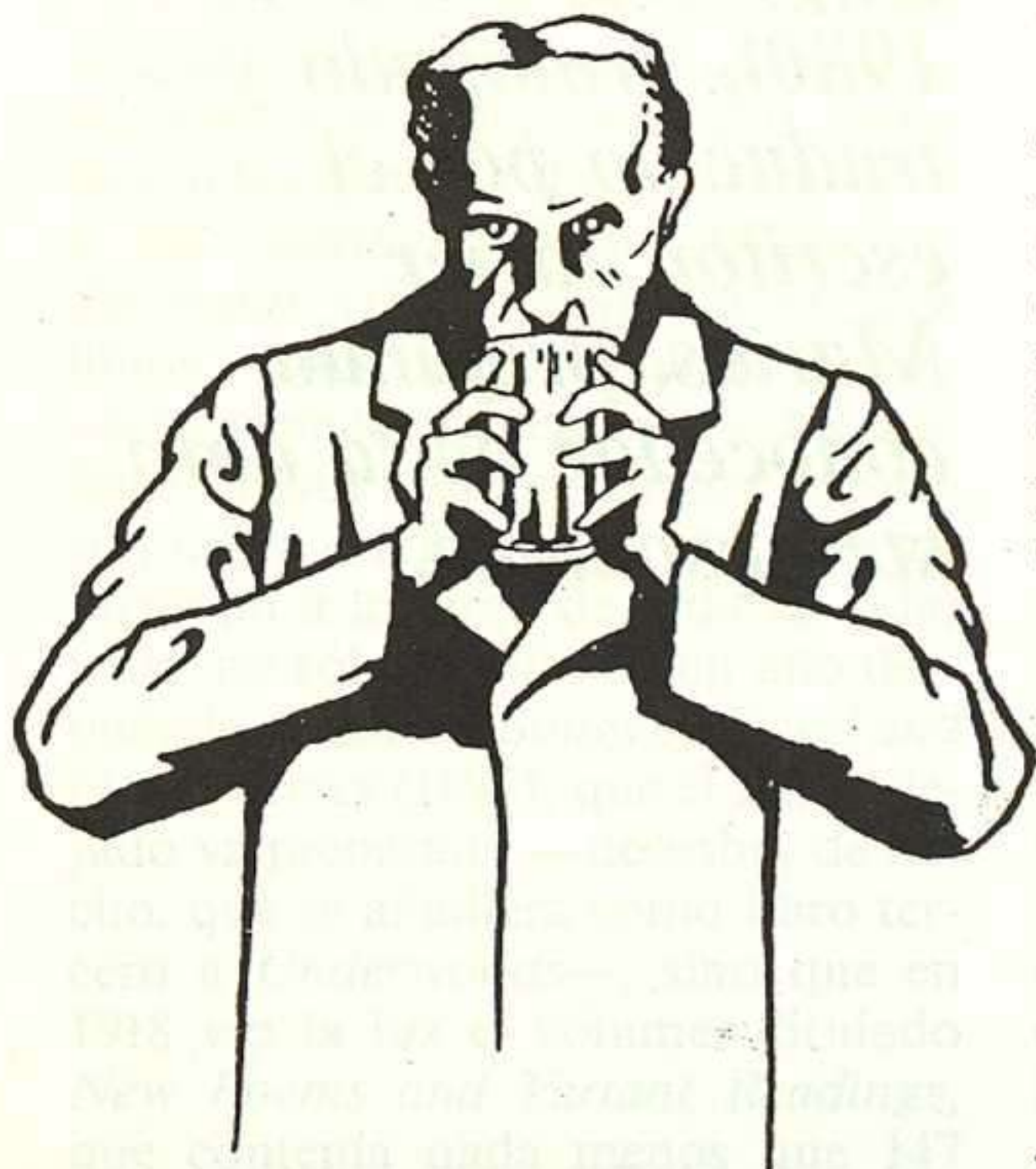
como antes citábamos, no es sólo el terror, sino el sexo. Menos mal que Stevenson, no queriendo identificarse por completo con el puritano —o insincero, la misma cosa en fin— personaje, pone entre paréntesis una respetuosa duda: «Si es que tenemos derecho a juzgar».

Stevenson, por suerte, no se adjudicó el papel de juez, y sí el de poeta. Con un tema fundamental, no siempre tan conflictivo como vemos en estos relatos pavorosos: la vida. Y tras ella, en las ocasiones aquí comentadas, los espectros. Jirones fantasmales de otra vida, que prestan exquisito escalofrío al arte y a la existencia. ■

\* Juan Tébar es escritor y crítico literario.

#### Notas

1. R.L. Stevenson: *Novelas de pavor y misterio*. En la desaparecida colección Crisol de Editorial Aguilar. Traducción de Amando Lázaro Ros.



S.G. HULME BEAMAN.